

Enrique Suárez Gaona

LAZARO CARDENAS Y EL NEUTRALISMO ACTUAL

Desgraciadamente, pese a todos los conceptos vertidos con motivo de la muerte de Lázaro Cárdenas, la verdad es que aún carecemos de un análisis objetivo, documentado y serio sobre su obra de gobierno. La importancia real de su política interna se enfatiza o disminuye a partir de posiciones ideológicas que carecen, usualmente, de bases científicas de sustentación.

Algo similar sucede con la política internacional vigente durante su mandato. Como advirtió don Daniel Cosío Villegas en alguna de sus conferencias, la política exterior de un país no puede ser atribuida a una sola persona, por poderosa que sea como líder. Existen fuerzas internas y externas que influyen como variables modificantes de las decisiones del poder ejecutivo. Con todo, es indudable que debido a la concentración del poder en México, un presidente puede actuar con mayor independencia que los gobernantes de países de parecido nivel de desarrollo.

Ya se ha apuntado la similitud existente entre la política de algunos líderes del llamado Tercer Mundo y la seguida por el régimen de Lázaro Cárdenas. Aunque la intención era más bien elogiar la actuación del desaparecido estadista, el juicio contenía una presunción, un punto de vista, basado en condiciones y condicionantes de tipo objetivo. El presente trabajo está dedicado a explorar los límites, la naturaleza y las causas de dicha similitud.

El neutralismo

La política internacional de una mayoría de los países del Tercer Mundo ha sido calificada, como es bien sabido, de neutralista o de no alineamiento. Se distingue de la neutralidad tradicional, en que es un término más bien de carácter político y no de carácter legal. Existen estados neutrales por decisión propia como Suecia; o por convenio internacional, como Suiza y Austria. Pero el no alineamiento es voluntarista y tiene otro carácter.

El neutralismo se deriva de un hecho histórico concreto: la bipolaridad en que se encontró el mundo en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, época que se ha caracterizado por el enfrentamiento político e ideológico de dos sistemas, el capitalista y el comunista, al que durante mucho tiempo encabezaron, en bloques casi monolíticos, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La política neutralista ha sido definida de muchos y diversos modos. Se ha hablado de coexistencia activa y pacífica, de política activa en favor de la paz, de política independiente, de neutralidad positiva o neutralismo positivo,

etcétera. Una de las mejores definiciones existentes, y que evita las confusiones terminológicas, es aquella que entiende al neutralismo simplemente, "como disociación de la Guerra Fría".¹

A la anterior definición debe agregarse que no se intenta meramente un alejamiento de los principales choques internacionales, sino que además se procura efectuar una política en favor de la paz, que evite el enfrentamiento nuclear y la indudable destrucción concomitante de la humanidad. Como se verá más adelante, dicha actitud pacifista no es total, sino que admite, por ejemplo, la lucha armada para la liberación de los pueblos colonizados. Lucha armada no internacional, pero que acepta la ayuda exterior para los movimientos de liberación nacional.

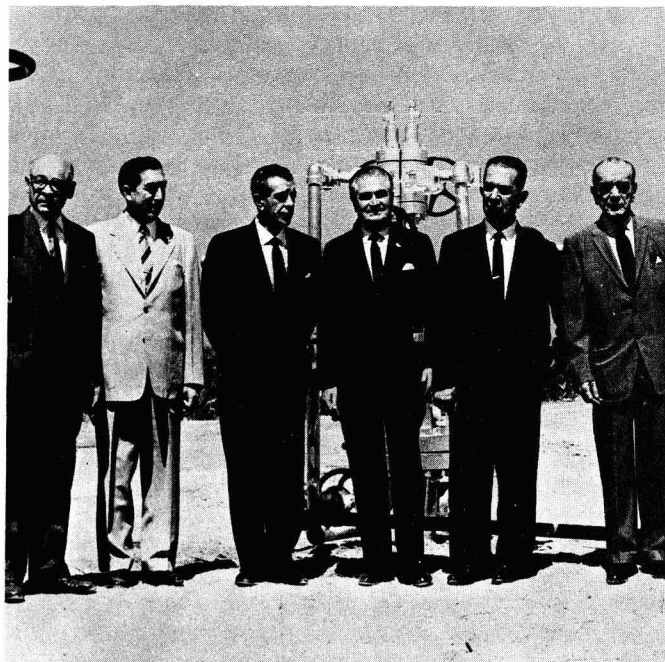
Analíticamente hablando, el neutralismo contiene los siguientes cinco elementos:

"1) que las condiciones de la Guerra Fría pueden ser mitigadas y quizás evitadas del todo; 2) que el neutralismo es moralmente justificable; 3) que los neutralistas deben perseguir una política exterior independiente; 4) que deben ser erradicadas todas las formas del colonialismo; y 5) que la ayuda exterior debe ser otorgada sin ataduras."²

Quizás Nehru sea el estadista más coherente y en cuya evolución personal pueda detectarse mejor la evolución de la política neutralista. En un discurso pronunciado apenas cinco días después de haber sido formado —el dos de septiembre de 1946— el primer gobierno plenamente independiente de la India, el líder asiático declaró que procuraría que su país se mantuviera "alejado de la política del poder... que ha llevado en el pasado a guerras mundiales". Manifestó que estaba "particularmente interesado en la emancipación de países y pueblos coloniales y dependientes". Que repudiaba "completamente la doctrina nazi del racismo, dondequiera y en cualesquier forma que se practicara". Sostenía que la India independiente lucharía en favor de "un mundo en el que exista la cooperación libre de pueblos libres y en el que ninguna clase o grupo explote a otros".³

Las anteriores ideas contienen la mayor parte de los elementos del neutralismo. Su conformación final fue resultado de la evolución ideológica de otros estadistas. La primera concreción práctica se dio en el tratado firmado por China y la India, en 1954. Un año después fue la conferencia de Bandung la que dio forma definitiva a los principios, con el acuerdo final sobre las diez tesis de la coexistencia pacífica.⁴

El comunicado resultante de la conferencia de Bandung reafirmaba una serie de derechos consagrados bajo la carta de la ONU (respeto a los derechos humanos y a la soberanía e



integridad territoriales; igualdad racial y nacional, etcétera); pero al mismo tiempo rechazaba la proliferación existente de tratados militares establecidos en beneficio de cualquiera de las grandes potencias. Proponía, por lo tanto, el no alineamiento como guía de la conducta de las naciones representadas en Bandung.

Un elemento importante de la política neutralista es la decisión de participar activamente en los organismos internacionales, particularmente en la ONU. Se sostiene la efectividad del organismo para la defensa de los países más débiles y como medio de impedir todo tipo de agresiones. Se busca neutralizar la prepotencia de los grandes por medio de la acción colectiva del resto de la comunidad internacional. Con el apoyo a los organismos internacionales se quiere conseguir la canalización de la ayuda económica y financiera exterior, "sin ataduras", con base en estudios objetivos realizados por esos organismos y no sujetos a presiones políticas unilaterales.

Una noción muy clara entre los neutralistas es la de que existe una solidaridad transnacional entre los explotados. Se tiene una visión estratificada de la sociedad internacional. Con el tiempo se ha llegado a la idea más ecuménica de que el choque entre los países que tienen y los que no tienen es más importante, a la larga, que el choque entre países

alineados y no alineados. De la solidaridad política se pasó a la solidaridad económica, transición de la que se han derivado tanto la Conferencia de las Naciones Unidas Sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), como la reciente declaración de la Segunda Década del Desarrollo por parte de la ONU a partir de 1970.

Tanto en sus preocupaciones políticas como en las económicas, la corriente neutralista, como puede verse, no es meramente un resultado de la situación internacional. Si bien la bipolaridad le brinda un impulso decisivo, dicha corriente se origina también en la problemática interna de los países que sustentan tal política. Un análisis de la interacción entre ambas causas permitirá una mejor comparación del periodo cardenista y el neutralismo o la política seguida en algunos países neutralistas que capitanean dicho anti-bloqueo.

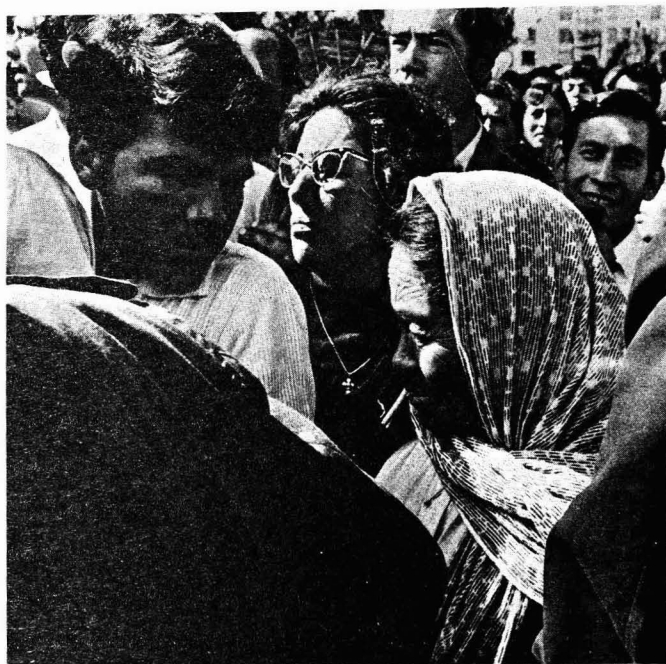
La integración nacional del Tercer Mundo

Existen muchas maneras de aproximarse a la problemática interna. Quizás una manera de hacerlo sea bajo los rubros de integración nacional y la distribución equitativa de los productos del trabajo. Sea cual fuere el instrumental político y social que se utilice para atacarlos, los problemas de los nuevos estados son similares, con diferencias de intensidad en distintas áreas.

La situación general de los países en desarrollo se caracteriza por el desajuste estructural de los diversos segmentos sociales. No existe una cohesión social, debido a los contrastes entre niveles y formas de producción, así como a la apropiación desigual de los frutos del trabajo; se carece de instituciones plenamente nacionales y hay, por tanto, urgencia de crearlas.

Es frecuente encontrar uno o más polos urbanos con vida casi de metrópolis de país avanzado, donde se concentran tanto la mayoría de la clase pudiente del país como los órganos y nervios del gobierno. Al lado del gigantismo urbano, subsisten formas campesinas de vida y trabajo dentro y fuera de las mismas ciudades, y a ellas corresponde, usualmente, la mayor parte de la población. Tanto del desajuste estructural como de la dicotomía urbano-rural se derivan diferencias abismales entre las distintas clases sociales.

La disparidad se agrava por la coexistencia de formas culturales distintas, de origen tradicional, cuyo contraste llega a ser conflictivo cuando uno de esos grupos sociales busca imponerse a los restantes. Dicha coexistencia es resultado de las aglutinaciones sociales arbitrarias impuestas por el colonialismo. También los desajustes estructurales han sido



consecuencia de la experiencia vivida bajo imperios de distinta naturaleza (del mercantilismo hispano-portugués al neocapitalismo del siglo XX).

Subsisten economías de "injerto", orientadas a las necesidades exteriores más que a los objetivos nacionales. Son la clara herencia de su situación colonial. Debido a la forma de producción prevaleciente, se depende de la agricultura como una de las fuentes de divisas, necesarias para la capitalización del país. O bien, existe una sujeción a la economía de injerto, especialmente en lo que se refiere a minerales o al petróleo. En ambos tipos de dependencia se está sujeto a la incertidumbre derivada de las oscilaciones de los precios del mercado internacional, del creciente deterioro de los mismos y el sobresalto por el posible descubrimiento y producción en masa de productos sintéticos, o el hallazgo de nuevas fuentes de abastecimiento de la materia prima natural.

El desarrollo industrial tiene una análoga orientación exterior que ha determinado su grado y forma de crecimiento. No es producto de las necesidades del mercado interno, el cual, por lo demás, tiene graves limitaciones, debido usualmente al bajo ingreso de la población. Existe una interacción evidente entre el tamaño de la población, la distribución del ingreso y las posibilidades de crecimiento industrial equilibrado.

La carencia de cohesión social se manifiesta en la falta de legitimación del régimen político, situación que persiste en tanto que no es aceptado —e incluso no siempre es conocido— por una buena parte de los habitantes del país. Subsisten formas de lealtad, por ejemplo al clan, a la tribu, que son más concretas y fuertes que la otorgada a la abstracción del estado nacional. La sumisión a la autoridad central tiene que provocarse a menudo compulsivamente, por el uso de la fuerza armada, el último recurso del poder.

Existe, por lo anterior, una falta de estabilidad política casi constante. Aunque encubiertos por ropajes ideológicos derivados de Occidente, los partidos políticos se organizan alrededor de lealtades tradicionales. Durante un tiempo, el partido que encabezó la lucha por la independencia hace valer ese hecho para mantenerse en el poder; pero pronto salen a la luz las contradicciones sociales. En la pugna consiguiente, casi siempre surge triunfante algún jefe militar, que logra el poder debido al control de la única institución plenamente nacional y que monopoliza la fuerza: el ejército.

Los desajustes estructurales y la falta de integración nacional se expresan en los diversos indicadores de subdesarrollo utilizados por economistas y sociólogos: bajo nivel y falta de distribución equitativa del ingreso; alto índice de analfabetismo; predominio de la población rural por sobre la urbana; bajo ahorro y escasez de capitales; etcétera.⁵ Existen otros —como el número de kilómetros de caminos y vías férreas—, que expresan de manera pura el grado de desarrollo económico, pero que de cualquier modo inciden en la forma alcanzada de homogeneidad social.

En el orden político, se dan otras manifestaciones difíciles de medir, como el grado de permeabilización social alcanzado por las instituciones políticas y sociales nacionales; la ductibilidad de la respuesta popular a la política del centro, etcétera, manifestaciones que están estrechamente ligadas a los indicadores materiales, aunque no se pueda hablar de correlaciones indudables.

En toda la descripción anterior ha quedado explícita la vulnerabilidad externa de los países en desarrollo. Su carácter de economías de injerto, las vicisitudes de sus exportaciones principales y la necesidad de capitales para su progreso, lo sujetan a la presión del resto del mundo, bien sea en forma directa o por medio de los mecanismos del mercado internacional. La vulnerabilidad exterior es una variable más que incide, en ocasiones de manera determinante, sobre la estabilidad sociopolítica de estos pueblos. De ahí la necesidad de formular una política externa coherente y congruente con los objetivos nacionales. El recuerdo de la explotación sufrida bajo el colonialismo se preserva en formas concretas.



Lázaro Cárdenas: política interna

Mi intención aquí es sólo presentar, de manera esquemática, algunas de las directrices principales de la política interna del periodo cardenista.⁶ La otra demarcación la establecen las implicaciones y similitudes que tienen los fenómenos para los actuales países en desarrollo.

Una primera ilustración hacia la problemática contemporánea descrita es la de la relación clara entre política social y la creación de instrumentos e instituciones de integración nacional, dentro y fuera del gobierno central.

Quizás lo primero que destaca del régimen cardenista es el impulso dado a todas las formas y expresiones de actividad sindical, incluso a sus manifestaciones, paros y huelgas. Fue, desde luego, la causa aparente de la ruptura con Calles. Generalmente se hace notar el apoyo a las demandas obreras de mejoras de salario y prestaciones sociales, que amplió la base popular del gobierno. Pero se olvida que para realizar todo tipo de expresión sindical es necesaria cierta organización, que las armas se templan en el combate, pero hay que coordinar y graduar su uso para que en verdad sean eficaces.

Resultados similares tuvo la reforma agraria. Entregar la tierra fue un acto de justicia que tuvo consecuencias sociales y económicas que se extendieron más allá del periodo cardenista. En lo inmediato, se satisfizo el ansia de poseer tierras; se proporcionó a los campesinos un trozo de propiedad que pudieran cultivar para su subsistencia. Con ello se pusieron las bases para una transformación económica de las zonas a donde llegó la reforma.

Para recibir la tierra, y muy concretamente bajo la forma ejidal, era requisito indispensable organizarse, y la organización tenía que continuar para lograr la producción de manera cooperativa. Por lo tanto, la reforma agraria promovió también la organización de la sociedad mexicana en grupos de interés.

Tanto los sindicatos como las ligas agrarias resultantes del doble proceso descrito, eran, por sí mismos, un instrumento de integración nacional, al nivel de dichas clases sociales. El siguiente paso era integrarlas a una institución plenamente nacional.

Cárdenas había heredado el partido político construido por el maximato. Se trataba de un conglomerado de caciques y jefes del ejército con tropas a su mando, más que de un partido como los europeos. La lealtad era obviamente individual y por tanto inorgánica y no realmente nacional. Cárdenas pudo eliminar a Calles como factor político porque tenía el poder en sus manos, ya que contaba con la lealtad de un buen número de caciques y jefes del ejército; pero al mismo

tiempo, porque se apoyaba en una base popular. Esta, resultado de su política sindical y agrarista, no la había tenido hasta entonces ningún presidente.

El siguiente paso lógico era la reforma del partido oficial. Su reorganización por sectores no fue meramente por decreto, aunque en el caso de los militares hubiera sido relativamente fácil hacerlo de ese modo. Ingresan al partido los campesinos y los obreros porque la política gubernamental ha propiciado su participación efectiva y organizada. Ingresan, además, después de haber sido politizados o conmovidos por los triunfos —aunque parciales— frente a los patrones, y por la recepción de la tierra. El resultado fue la creación de un instrumento de integración nacional no sólo organizado sino políticamente coherente.

Ambas políticas, y la renovación del partido, incrementaron la cohesión social de manera inmediata, que fue fortalecida, a su vez, por las políticas indigenista y educativa. Esta última se combinó, en varias ocasiones, con la reforma agraria; una demostración de la importancia dada a la educación en el periodo que nos ocupa se halla en el hecho de que entonces disminuyó más el analfabetismo que cuando la famosa campaña de alfabetización de Avila Camacho.

La acción del poder público y el incremento de la cohesión social, tanto en sus aspectos organizativo como cultural, aumentaron la legitimación del régimen. Este aumento se reflejó, a largo plazo, en la estabilidad política del país, sólo justificable en términos de transformaciones sociales profundas y efectivas, y no como un valor por sí misma.

Es evidente la similitud de la política anterior con la que se intenta llevar al cabo en muchos países del actual mundo en desarrollo. Como sucede actualmente en Perú, en Ceilán o en Guinea, la creación de un aparato político nacional debe ir acompañada de reformas estructurales. Por el contrario, los fracasos de Sukarno, Nkrumah, y Obote, demuestran que no es posible establecer un partido político para gobernar a un país sin que la membrecía esté politizada, satisfecha aunque sea parcialmente, que sea organizada y efectiva, y no meramente de membrete.

La reestructuración interna de la base popular fortaleció la posición del país ante el exterior y favoreció la aplicación de medidas para combatir los efectos de la crisis de 1929. Es indudable que hay una conexión inmediata entre la crisis económica mundial y el radicalismo del régimen cardenista. El simple hecho de que se haya adoptado un Plan Sexenal en 1933 indica una desconfianza hacia los métodos occidentales. Por lo demás, el programa de obras públicas emprendido durante el régimen en nada se diferenciaba, si acaso en la poca magnitud de sus recursos, de los desarrollados entonces



en países como Alemania, Estados Unidos e Inglaterra. Se trataba de una política internacional para combatir el desempleo.

Las obras hidráulicas realizadas bajo el cardenismo tuvieron un carácter decididamente unificador. Tal como fueron proyectadas se les configuró como instrumento de integración regional. Se trataba de actuar por encima de las jurisdicciones de los gobernadores para evitar las inevitables rencillas y choques por distribución de recursos. Las consecuencias estabilizadoras de los programas fueron a largo plazo.

Otro de los instrumentos del cardenismo fue el uso de las nacionalizaciones, particularmente observable en relación a la reforma agraria. Las nacionalizaciones en gran escala fueron iniciadas en este siglo por los soviéticos; pero con recursos mucho menores, la nacionalización más importante del mundo en desarrollo fue la mexicana del petróleo en 1938. Aunque la expropiación del petróleo boliviano precedió a la del mexicano, su impacto fue de menor importancia debido al poco monto de las inversiones y a la transacción final que nulificó la medida.

La nacionalización del petróleo no fue derivada de un conflicto internacional sino del desarrollo de procesos reformistas internos. Cosa semejante ha sucedido con las realizadas por Nasser en Egipto, por Allende en Chile y por el régimen militar de Velasco Alvarado en Perú. Aunque los ejemplos podrían multiplicarse, basta señalar que los cuatro aquí presentados se efectuaron en estructuras sociales disímiles, cuyo máximo común denominador es el del subdesarrollo. Política de nacionalizaciones que inevitablemente llevó a conflictos de orden internacional.

Lázaro Cárdenas: política exterior

A pocos días del ascenso de Cárdenas al poder en diciembre de 1934, acontece el incidente de Wal Wal en la frontera de la Somalia italiana y Etiopía. Mussolini utiliza el choque fronterizo como un pretexto para iniciar una campaña que culminará con la conquista de Etiopía, a pesar de los esfuerzos realizados en defensa de su país por la cetrina y patética figura del emperador Haile Selassie en todos los foros internacionales del orbe. Así, la política internacional del periodo cardenista se inaugura con el primero de los atentados que el nazifascismo asestó al mundo extraeuropeo. El régimen italiano es más "modesto" que el de Hitler; no se atreve por lo pronto a enfrentarse con los países de su órbita cercana, que le pueden responder. El suyo es un tipo de agresión alevosa, que prefigura lo que se hará a España

después de 1936 y que tipifica muy bien al irracionalismo de que harán gala las después denominadas potencias del Eje.

El incidente de Wal Wal es importante porque con él Italia lanza un desafío a la comunidad internacional semejante a los ya producidos por sus congéneres, Japón y Alemania, pocos años antes. Para entonces Japón es dueño absoluto de Manchuria y se apresta a intervenir en el resto de China. Alemania, por su parte, no se ha quedado atrás: se ha remilitarizado, ha suprimido la oposición interna y renunciado, en 1933, a participar en la Sociedad de Naciones.⁷

La carrera acelerada que llevaría al abismo de la Segunda Guerra Mundial es el contexto de toda la época cardenista. Hoy día, acostumbrado el hombre posnuclear, como lo está, a la amenaza del holocausto final, tanto que en ocasiones ni presta atención a las dimensiones reales de las crisis internacionales, las acciones *in crescendo* del nazifascismo parecen tener menos relevancia de la que tuvieron. Un sólo ejemplo contemporáneo basta: el bloqueo de Cuba ordenado por Kennedy en 1962 constituyó uno de los más flagrantes *casus belli* en la historia moderna, y sin embargo se diluyó por el espectro de la amenaza nuclear mundial. Por mucho menos que eso, por la simple ejecución de un archiduque decadente, se originó la primera gran guerra de este siglo. Qué decir de las innumerables agresiones, invasiones y conquistas del Eje, que se sucedieron por ocho largos años, de 1931 a 1939, hasta que al fin se provocó el choque definitivo.

Como lo testimonian Isidro Fabela y Manuel Tello, dos de los representantes de México en la Sociedad de Naciones durante esa época, la política gubernamental fue constantemente coherente en ese organismo.⁸ Tello relata cómo las instrucciones fueron inicialmente las de apoyar todas las soluciones pacíficas posibles; cómo en forma gradual se llegó a la denuncia abierta de la agresión italiana, y finalmente, a la concurrencia con el acuerdo general de imponer sanciones a Italia. Y el representante de México fue presidente del comité sobre el posible embargo de petróleo a Italia. En esta actitud del gobierno del país se advierte su militancia abierta en contra de la agresión y de cualesquiera otra amenaza a la paz mundial. Por los testimonios existentes, es claro que compartía, con el neutralismo contemporáneo, la idea de que el máximo organismo internacional era una de las mejores maneras disponibles para contrabalancear el poder de las grandes potencias. De ahí su fe en la eficacia de la acción colectiva.

La actitud cardenista se define mejor si se analiza a la luz de sus antecesores bajo el maximato. México ingresa a la Sociedad de Naciones en 1931. No había participado antes

debido a que Wilson lo había excluido explícitamente cuando la constitución del organismo, alegando como motivo las acciones armadas y la lucha política de la Revolución Mexicana. Ya en la Sociedad, México no se distinguió particularmente en ocasión de la conquista de Manchuria por el Japón; se limitó a seguir el consenso general de los otros miembros. Si acaso mostró interés fue por razones de inercia histórica: en el conflicto de la Leticia entre Colombia y Perú, cuyo arreglo fue negociado por un comité presidido por el representante de México; y en el del Chaco, cuya etapa final correspondió ya al régimen cardenista.⁹

La actitud antifascista fue constante y sin tregua. Encontró su expresión máxima en ocasión de la mal llamada guerra civil española, término que si bien define lo que fue a sus comienzos, oscurece su carácter de conflicto internacional, mayormente determinante en el triunfo franquista, por la ayuda que recibió de Mussolini y Hitler, en ese orden. El apoyo y la ayuda con armas a la República fueron otorgados por México de manera similar al que dieron innumerables países africanos al gobierno constituido de Nigeria durante la reciente lucha contra Biafra.

A la idea de la acción colectiva como medio de equilibrar la prepotencia de los poderosos y asentar la paz mundial, no

se oponía la militancia antifascista. Por un lado, la militancia se atemperaba, como se verá más adelante, por los intereses propios de México; por el otro, la fidelidad a los principios exigía demostraciones claras de congruencia. Esta fidelidad que quedó demostrada cuando, en ocasión de la guerra entre la Unión Soviética y Finlandia, y a pesar de que aquel país había sido, con México, el único en actuar decididamente en favor de la república española, Cárdenas envió un mensaje oficial a Finlandia que a la letra decía:

Finlandia merece consideración por parte de las naciones civilizadas que también viven en el seno de las instituciones democráticas. Es ilógico y contrario a la dignidad humana que países de esta calidad superior no puedan disfrutar pacíficamente de los beneficios de su adelanto y de su amor a la libertad. Ante la agresión de que es víctima el pueblo finlandés, el pueblo y el gobierno de México le expresan su cordial simpatía.¹⁰

En la posición descrita se observa un activismo político inusitado para México, y quizá sólo comparable con la negativa juarista a pagar la deuda pública a las naciones que habían reconocido a Maximiliano. El activismo se emparenta a la posición internacional de los neutralistas actuales: contra la actitud de apaciguamiento del nazifascismo adoptada por las grandes potencias europeas, particularmente Inglaterra y Francia, era necesario, según las directrices de la política internacional mexicana del periodo, oponerse a la agresión de manera constante, reiterada, con objeto de preservar la paz.

Otra demostración del cambio del carácter defensivo de la política exterior mexicana obedece a que las iniciativas tomadas durante el cardenismo (dentro y fuera de la Liga) difieren sustancialmente de las efectuadas, no sólo por los países latinoamericanos, sino por los propios Estados Unidos. Su anticolonialismo, similar al neutralista, se evidencia en el apoyo a Etiopía y España y más cerca, en las manifestaciones de solidaridad y ayuda a Bolivia, Cuba y Chile, con motivo de diversos actos de soberanía interna, tanto política como económica, que motivaron crisis con los intereses extranjeros.

Si el contexto internacional de aquel sexenio tiene innumerables puntos de contacto con el ambiente político bajo el que se ha desarrollado el actual neutralismo, cosa similar sucede con la política exterior mexicana de entonces respecto a la seguida ahora por los países neutralistas. La militancia antifascista no significó un acercamiento ni con los otros países capitalistas de Europa y América, ni con la Unión Soviética. Si se hiciera una gráfica, se vería la gran variabilidad de los acercamientos mexicanos a diferentes potencias y que éstos se realizaron, cuando menos, en dos dimensiones.





Los puntos de fricción con Estados Unidos se suscitaron a poco de la ascensión de Cárdenas. Dada la estructura dependiente del país, tanto las huelgas como el reparto agrario provocaron enfrentamientos inmediatos con los intereses extranjeros, particularmente con los norteamericanos. Las empresas estaban acostumbradas a solicitar, y conseguir, el apoyo de sus gobiernos, y su fuerza había prevalecido íntegra en lo sustancial.

Primero las fricciones se deben al reparto de tierras, pero en ese caso se trataba de una política nacional que afectaba a intereses mexicanos y extranjeros por igual. Las tierras expropiadas se añaden a la lista de reclamaciones internacionales pendientes contra el gobierno. Cárdenas rechaza de hecho los Tratados de Bucareli, particularmente por lo que se refiere a los principios. En el área industrial, injerto del exterior, se efectúan enfrentamientos similares, que multiplican la actividad de ambas cancillerías. Las relaciones con los Estados Unidos obligan al cardenismo a buscar otros mercados y otras fuentes de abastecimiento; de la misma manera como sucedió después en la India y Egipto, por ejemplo, se aprovecha la competencia entre las grandes potencias y sus deseos de expansión, para lograr ventajas en beneficio del interés nacional mexicano.

Usualmente se señala que el comercio con los países del eje, y en concreto con Italia, se debió al deseo y a la necesidad de romper el bloque que las compañías petroleras intentaron imponer al país a raíz de la expropiación. Pero esta explicación tiene su origen en el deseo de subrayar una congruencia absoluta en el antifascismo cardenista. En realidad, los tratos con Italia y Japón antecedieron a la expropiación: eran decisiones políticas que respondían a intereses concretos del régimen y no a directivas basadas en lineamientos ideológicos.

La expropiación petrolera de Cárdenas tuvo una resonancia directa en los actos gubernamentales de los neutralistas posteriores. Su importancia radicó no tanto en el monto de



los intereses expropiados, sino en el significado que tenía como ejemplo político para naciones con similares estructuras dependientes. El caso de México estuvo presente en la mente de Nasser cuando nacionalizó el canal de Suez, y se podrían multiplicar los ejemplos con toda facilidad.

Quizás como conclusión final, y provisional, del presente artículo, se podría retener que el no alineamiento cardenista se derivó de la problemática interna de México. Que en la actualidad una política similar no ha ayudado por sí misma a la mayor parte de los líderes neutralistas a conservar su poder. Por el contrario, su militancia en asuntos externos ha acelerado su caída, cuando se ha combinado con la ineficacia, la corrupción y la falta de equidad gubernamental en sus tratos con la población. Ejemplos evidentes se encuentran en los casos de Sukarno, Nkrumah e incluso Ben Bella, para no mencionar más que a tres de los más relevantes. El caso Nasser fortalece este juicio cuando se considera que su renuncia no fue aceptada a raíz de la rotunda derrota árabe en la Guerra de los Seis Días, que tanto contribuyó a alimentar y desatar. La política cardenista de apelar a las organizaciones de trabajadores implica un populismo muy semejante al que sustentan, o dicen sustentar, líderes como los mencionados. Sin embargo, tal llamado no encontrará respuesta si no se basa en una política efectivamente popular. La independencia en asuntos externos funciona en tanto que corresponde a soluciones reales y orientadas, en verdad, socialmente. La solución de las necesidades internas sigue siendo lo más importante para la estabilidad y supervivencia de un régimen, pese a todos los intentos contemporáneos de apoyar a regímenes de injusticia con ayuda militar en gran escala.

NOTAS

1. P. Lyon: *Neutralism*, L. V. Press, 1963, p. 17
2. *Ibid.*, p. 62
3. J.E. Black (ed): *Foreign policies in a World of Change*. Nueva York, Harper & Row, 1963, pp. 481-482.
4. O. Guitard: *Bandung y el despertar de los pueblos coloniales*. Buenos Aires, Eudeba, 1962, pp. 47-48.
5. Véase por ejemplo V. Marrama: *Saggio sullo sviluppo dei paesi arretrati*. Milán, Einaudi, 1963, 3a. edición, caps. 3 y 4.
6. Puede verse como referencia, entre muchos otros a H.L. Cline: *The United States and Mexico*. Nueva York, Atheneum Press, 1963, pp. 215-247.
7. A. Z. Rubinstein: *The Foreign Policy of the Soviet Union*. Filadelfia, V. of P. Press, 1965, pp. 442-446, y caps. 3 y 4.
8. En *Foro Internacional*, VI: 2-3 (oct. 1965-marzo 1966), pp. 358-382.
9. I. Fabela: *Cartas al presidente Cárdenas*, México, S.P.E., 1947, p. 3.
10. *Ibid.*